

REFERENTES PRECORTESIANOS Y COLONIALES EN *LA LEY DEL AMOR* DE LAURA ESQUIVEL

Carmen Alemany Bay*

Después de la publicación de una de las obras más celebradas de la década de los ochenta, *Como agua para chocolate* (1989), la mexicana Laura Esquivel (1959) dará a conocer en 1995 su segunda novela, *La ley del amor*. En la primera, la novelista nos ofreció una historia de pasión mágico-realista, la de Tita y Pedro, ambientada en el México de los tiempos de la Revolución mexicana. Como si de un folletín por entregas se tratara, cada capítulo aparece encabezado por una receta de cocina, convirtiendo a la gastronomía en un código de sensualidad cargado de penetrantes aromas y de colores deslumbrantes. La intencionalidad de la escritora, en sintonía con otras muchas narradoras de la década, será acentuar la inteligencia femenina y la capacidad de la mujer para luchar contra los obstáculos que las sociedades patriarcales les imponen.

De cariz diferente será *La ley del amor*, aunque los propósitos que vislumbramos en la primera y ciertos mecanismos narrativos también están aquí presentes. Laura Esquivel en esta ocasión opta por otro género narrativo, el de la ciencia ficción (de aquí en adelante *cf.*), pero además, y como se nos señala en la contraportada del libro, se trata de “la primera novela multimedia de la historia”. La acción transcurre en el siglo xxiii y tiene como escenario la ciudad de México durante el año 2200. El personaje principal, Azucena, de profesión astroanalista, trata a pacientes con trastornos mentales cuya causa procede de las maldades que cometieron en otras vidas, y ella misma se verá involucrada en una inquietante y precipitada intriga en la que intenta buscar a ese hombre ideal con el que compartió una alocada noche de amor.

La filosofía de su vida, aprendida de Anacreonte –su Ángel de la Guarda–, parte de que todas las relaciones entre las vidas

* Universidad de Alicante, España.

humanas pasadas, presentes y futuras están regidas por la “*Ley del Amor*”, ley que asimismo gobierna el funcionamiento del Universo. Azucena, sin ella enterarse hasta el final, ha sido la elegida para restituir la armonía cósmica que fue quebrantada siglos atrás cuando los conquistadores destruyeron la gran Tenochtitlan donde se encontraba la Pirámide del Amor. Continuos serán los trasiegos de la protagonista por el espacio interestelar para visitar a esas almas que vagan por el espacio y encontrar a su otra mitad, Rodrigo.

En medio de tanto trasiego, los personajes cambiarán de cuerpo según las circunstancias y también se realizarán viajes psíquicos hacia reencarnaciones pasadas. Esa capacidad de manipulación que tienen los personajes en la novela se torna realidad compartida en el texto, ya que el lector va a encontrarse con viñetas que ilustran diálogos operísticos y que puede escuchar (se incluye un CD) al mismo tiempo que los visiona, así como canciones populares o músicas bailables. Aquello que en el mundo de la ficción están escuchando los personajes, el lector puede compartirlo poniendo en marcha el CD: “texto, imagen y música convergen con la finalidad de romper el proceso de lectura tradicional, secuencial y lineal como muestra de la lectura de libros en el futuro o como en los programas hipertextuales”. O bien, como apunta Saïd Sabia, “ya no se trata sólo de «leer» una novela sino también y sobre todo prepararse, en el tiempo y en el espacio, a la recepción, por el espíritu y por el cuerpo, de esta nueva forma de literatura que es la novela multimedia”².

Si bien *La ley del amor*, en términos de CF, no presenta mayor originalidad en cuanto a la incorporación de elementos novedosos, sí hay una apuesta por parte de la autora de crear un producto massmediático que abarque diferentes sensibilidades: la de aquellos que buscan en las novelas historias de amor; aquellos que les gusta la experimentación textual; y los que quieren acercarse a un género, la CF, que a finales del siglo XX consolidó su espacio en la literatura. Todo ello un tanto edulcorado se encuentra en esta novela multimedia cuya principal originalidad radica en producir un texto que seguramente pertenece ya a un futuro que es casi presente.

¹ Francisco Gutiérrez Carbajo, “El intento de la novela multimedia”, *Literatura y multimedia* (editores José Romera Castillo, Francisco Gutiérrez Carbajo y Mario García-Page), Madrid, Visor, 1997, p. 202.

² Sabia, Saïd, “La novela multimedia: un nuevo reto para la crítica literaria”, p. 4. Disponible desde internet en: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero29/ssabia>.

Los estudios que hasta el momento se han publicado sobre la novela nos remiten fundamentalmente a argumentar los elementos que de CF aparecen en ella³; sin embargo, creemos que *La ley del amor*, en esencia, no logra ni los objetivos ni los planteamientos a los que la CF latinoamericana aspira y que son –según Ángela Dellepiane– “alimentar no sólo la imaginación de ese lectorado sino sus ideas, de agudizar su percepción de la realidad hispanoamericana y, sobre todo, su percepción de hasta qué punto él es manipulado por un tipo de estructura social y económica que lo nulifica en su calidad de ser humano y de ser hispanoamericano”⁴. Al menos, directamente, esos efectos no aparecen en la novela y sólo subrepticamente captamos otro de los objetivos de la CF latinoamericana que es el de abordar un pasado que puede transformarse con el fin de que se superen los males de nuestro presente, o bien buscar las directrices para que el hoy pueda ser mejorado y no acabe destruyéndonos⁵. Y, efectivamente, como hemos comentado, la función de Azucena es restablecer esa ley del amor ultrajada en el tiempo de la Conquista, y sólo con su reposición se logrará la armonía universal.

Laura Esquivel, quizá sin intención, ha parodiado este modelo ficcional porque ha tomado de él no su finalidad sino lo más superfluo del género a través de términos como televisiones virtuales, aerófonos, guijas cibernéticas, cámaras fotomontales, o la posibilidad de fotografiar el aura de las personas o de instalar microcomputadoras en la cabeza. Creo que el texto es en realidad una comedia romántica, y no tanto un *thriller* metafísico como alguna vez lo denominó la escritora, que se desarrolla en un tiempo futuro y que parte de una historia ficticia que comenzó en el 1519 con la llegada de Hernán Cortés a la entonces gran Tenochtitlan.

Asimismo, la novela ha sido analizada críticamente desde otros presupuestos como lo son la importancia de los cambios

³ Específicamente el artículo de Lydia Rodríguez, “La fábula especulativa en *La ley del amor* de Laura Esquivel”. *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*. 17, 2002. pp. 84-90.

⁴ Ángela Dellepiane, “Narrativa argentina de ciencia ficción: tentativas liminares y desarrollo posterior”, *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (Sebastián Neumeister, coordinador), Madrid, Vervuert, 1989. pp. 518.

⁵ José Ignacio Ferreras, *La novela de ciencia ficción*, Madrid, Siglo XXI, 1972, pp. 188-190.

de sexo en la novela o la intención de la autora de desterritorializar la cultura mexicana⁶. Sin embargo, en ninguno hay un análisis de los referentes precortesianos o coloniales en la novela.

Recuperaciones del mundo precortesiano y colonial en *La ley del amor*

La ley del amor, tras un “Instructivo” en el que Laura Esquivel explica al lector las pautas para “proceder a la utilización del libro” (no a su lectura), comienza con un texto de los *Cantares Mexicanos* de Nezahualcōyolt: “Estoy embriagado, lloro, me aflijo”, que da entrada al primer capítulo –aunque la autora no los enumera– y lo cierra con otro cantar: “¿Es acaso nuestra mansión la tierra?”, poema procedente de *Trece poetas del mundo azteca*. A lo largo de la novela aparecerán otros tres cantares, dos de ellos encabezando nuevos capítulos: uno de Ayocuan Cuetzpaltzin “Gocemos, oh amigos”, también de *Trece poetas del mundo azteca*, y otro de los *Cantares Mexicanos*: “Hacen estrépito los cascabeles”. El libro se cierra con un poema de Nezahualcōyolt, autor con el que abre la novela, pero ahora con un texto perteneciente a los *Romances de los señores de Nueva España*: “Percibo lo secreto, lo oculto”.

La introducción de estos poemas guarda relación secundaria con el contenido. Si en *Como agua para chocolate*, la escritora se sirvió de recetas de cocina para abrir cada uno de los capítulos, en esta ocasión aprovecha textos en náhuatl –compilados en el siglo xvi– para introducir algunos. En otro utiliza un trabalenguas, pero la mayoría aparecen encabezados por letras de canciones interpretadas por Liliana Felipe que el lector puede escuchar en el cd al tiempo que las lee o las canta; en ocasiones, cierra capítulos con cómics en cuyos bocadillos se reproducen fragmentos en italiano –y su traducción al español– de óperas de Puccini y que el lector también puede visionarlos y leerlos al tiempo que escucha ópera. La intencionalidad es clara y tiene que ver con una de las

⁶ Destacamos a este respecto las siguientes aportaciones: Prout, Ryan. “Cosmic Weddings and a Funeral: Sexuality, Techno-science, and the Nacional Romance in Laura Esquivel’s *La ley del amor*”. *Tessarae: Journal of Iberian and Latin American Studies*. vol. 6, n. 1, 2000. pp. 42-54; Taylor, Claire Louise. “Body-swapping and Genre-crossing: Laura Esquivel’s: *La ley del amor*”. *Modern Language Review*. 97, 2002. pp. 324-335; Nehru, Meesha. “A future Mexican National identity?: Laura Esquivel’s *La ley del amor*”. *Latinoamericana*. 38, 2004, pp. 217-232.

directrices literarias de la posmodernidad que es fusionar la llamada alta cultura con la popular. Un ejemplo más de fusión o de hibridez de los que aparecen en la novela.

Vayamos al primer capítulo que es el desencadenante de la historia y el que concentra las recuperaciones del mundo precortesiano, pero sobre todo el colonial en la novela. Hernán Cortés llega a la ciudad de los aztecas y manda destruirla para “borrarla de la memoria de los aztecas”. Entre sus huestes está Rodrigo Díaz, “valiente capitán de Cortés” y a quien le concede “un terreno donde se encontraba dicha pirámide [la del amor] para que reconstruyera sobre ella su casa”⁷. El capitán, escéptico ante las creencias de los nativos quienes creían que las piedras estaban dotadas de una energía capaz de cambiar la vida de los hombres, construye su casa sobre los restos de aquella pirámide a la que acudían los indígenas a celebrar sus ritos a la diosa del amor. En el momento en que Rodrigo está empeñado en quitar la cúspide de la pirámide, es irresistiblemente atraído por una indígena, Citlali, a la que violará en repetidas ocasiones. Como ocurría en algunos casos en la historia de la Colonia, su esposa española, doña Isabel de Góngora, se reunirá con su esposo, y fruto de su unión nacerá un hijo que Citlali matará para vengar el asesinato a manos de Rodrigo del que ella tuvo, fruto de las violaciones. Entre los dolores del parto muere Isabel y Rodrigo arranca el corazón a Citlali antes de enloquecer de dolor y suicidarse.

Esta historia de amor, próxima al folletín, como lo fue también desde otro enclave *Como agua para chocolate*, le sirve a Laura Esquivel para ofrecernos una imagen estereotipada y tópica del encuentro, desencuentro en este caso, entre la cultura española y la azteca en la conquista de México. Rodrigo es un sanguinario y un violador, como se nos indica en la novela, y a él Cortés le ofreció terrenos y esclavos porque “de su propia mano habían matado aproximadamente doscientos indios y el premio no se había hecho esperar: mil metros de tierra al lado de uno de los cuatro canales que atravesaban la ciudad” (9); pero además el “valiente capitán de Cortés” era ambicioso porque quiso “edificar su casa sobre un terreno más grande y de ser posible sobre los restos del templo mayor” (9).

⁷ Laura Esquivel, *La ley del amor*, Barcelona, Plaza & Janés, 1995, p. 9. A partir de ahora citaremos por esta edición y después de cada cita de la novela pondremos entre paréntesis el número de página.

La visión que se nos narra de los españoles que llegaron a aquellas tierras está ausente de cualquier sensibilidad y sus sentidos, negados para percibir la fuerza de las piedras y la capacidad de energía que ellas pudieran llegar a tener; sin embargo, ante el temor de la muerte “los cuerpos de los conquistadores aprendieron a reaccionar, fueron desarrollando nuevos sentidos” (8). Será la otra cultura, la invadida, la que dote de sensibilidad a la brutalidad. Por su parte, la visión que Isabel tendrá de la tierra de acogida también entra en los cánones previstos, para ella el mercado de Tlatelolco “era un lugar sucio y lleno de indios” donde además “difícilmente podía encontrar azafrán y aceite de oliva” (13-14).

Citlali, la india descendiente de una familia noble de Tenochtitlan y por tanto representante de la parte invadida, es una mujer con una fuerza arrebatadora que con su movimiento de caderas despierta las más ocultas pasiones en Rodrigo. Pero también sabe vengar el daño recibido —continuas violaciones y el asesinato de su hijo—, y que ante la crueldad del amante no dudaba en “cada vez que se sabía embarazada, abortaba. No le gustaba nada la idea de traer a este mundo a un niño mitad indio y mitad español” (15); palabras que traslucen la negación ante cualquier mestizaje.

Ella no será la única representante del universo indígena. Otro personaje, Teocuicani (cantor divino), conocido como Teo, era un artista callejero que hacía bailar sobre la palma de su mano a dioses de barro articulados. La india Citlali, de pequeña, acostumbraba ir al mercado de Tlatelolco a verlo actuar y supo que durante la Conquista le cortaron las manos “por desobedecer la orden que se había dictado en contra de la posesión de ídolos de barro. Su uso estaba estrictamente prohibido” (17); pero el Virrey decidió además cortarle la lengua, pues continuamente repetía consignas en lengua náhuatl que incitaban a la rebelión.

Laura Esquivel nos presenta la Conquista como un enfrentamiento, no lejos del maniqueísmo, en donde no era posible el encuentro de culturas y que se plasma en esta ficción de la siguiente manera: “La casa, pues, quedó habitada por seres que no interactuaban unos con otros. Por seres incapacitados para verse, para escucharse, para amarse. Por seres que se rechazaban en la creencia de que pertenecían a culturas muy diferentes” (18). La razón no está en el odio lógico de aquel que ha sido violentado ni en la prepotencia del invasor, sino en el desconocimiento de fuerzas más potentes que tienen que ver con razones de índole sobrenatural o de una ciencia ficción *sui generis*: “Nunca supieron que la

verdadera razón era una que nadie veía. Que el rechazo provenía del subsuelo, del choque de energías entre los restos de la Pirámide del Amor y la casa que le habían construido encima. Del rechazo total entre las piedras que formaban la pirámide y las que formaban la casa" (18).

Esta imagen estereotipada de la Conquista no sólo incumbe a la relación entre los protagonistas, al embate explicable que surge de los indígenas ante la prepotencia de los españoles, sino que también tiene su incumbencia en el nombre de los personajes. Si nos remitimos a lo dicho por Lydia Rodríguez, "Rodrigo y Citlali, no existieron históricamente por lo tanto son y representan el mundo desconocido e intercalado dentro de lo familiar"⁸; pero los nombres, dentro de la ficción, no son del todo azarosos. Laura Esquivel tiene que dotar a sus personajes, en el caso de los españoles, con nombres de rancio abolengo y que tengan un resabio español. Hernán Cortés es el referente real introducido en la ficción, pero Rodrigo se apellida Díaz, nombre común en la España de antaño y en la actual, tanto es así que si revisamos los nombres de los censados que marcharon a las Américas podremos encontrarnos con un Rodrigo Díaz, nacido en Badajoz, hijo de Lorenzo y de Beatriz que obtuvo la licencia para pasar a México el 20 de junio de 1535⁹. Por supuesto, Laura Esquivel no pensó en este oriundo de Badajoz sino en el Rodrigo de nuestra épica medieval, "El Cid Campeador", para dar un nombre creíble. También la escritora mexicana acudirá a la literatura de la península para darle los apellidos a doña Isabel, esposa de Rodrigo, apellidada "de Góngora". El nombre de Isabel nos remite a la obra de Luis de Góngora *Las firmeszas de Isabela* (1613), y al menos a dos sonetos en los que este nombre aparece, "Al rey Felipe IV y su esposa Isabel" y "De Isabel de la Paz" que comienza con el verso "No os conozco, Isabel...".

Más sugerentes son los nombres de nuestros protagonistas indígenas. Citlali en lengua náhuatl significa estrella, pero es también el título de una ópera cuyo libreto fue escrito por Manuel M. Bermejo y musicado por José F. Vásquez. La obra ganó el concurso de composición operística convocado por el periódico *El Universal* y su estreno fue el 19 de diciembre de 1922 en el Teatro Iris

⁸ Lydia Rodríguez, *op. cit.*, p. 88.

⁹ Vicente Navarro del Castillo, *La epopeya de la raza extremeña a Indias*, 1978. Disponible desde internet en <http://www.paseovirtual.net/americaindianos4.htm>.

de Ciudad de México. Esta obra se representó junto a *Il tabarro* de Giacomo Puccini, y no olvidemos que varios fragmentos operísticos de la obra de Puccini forman parte del cd que acompaña a la novela. La historia que se cuenta en *Citlali*, aunque también interviene Hernán Cortés y otros personajes históricos como Xicoténcatl o algunos dioses mexicas como Huitzilopochtli, no ofrece mayores paralelismos más allá de una historia de amor folletinesca¹⁰. Sin embargo, cabe la posibilidad, por lo relatado, que Laura Esquivel tomase el nombre de esta ópera.

Sugerente asimismo es el nombre de Teocuicani, que aparece en la obra con el apelativo de “cantor divino”. “El nombre procede sin duda de un cerro, denominado actualmente como Cerro Gordo, situado al sur y en el margen inferior del volcán Popocatepetl, y que antiguamente se conocía por el nombre de Teocuicani, el cantor divino. Un informante indígena lo describió con rasgos femeninos, como una mujer embarazada, sugiriendo una contraparte de la diosa Tenan, una Madre prehispánica de la Tierra”¹¹. Recordemos que en la novela, y fruto de los continuos cambios de sexo que sufren los personajes, algún hombre queda embarazado. La referencia al Teocuicani la encontramos asimismo en la *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme* de Fray Diego Durán, quien lo detalla del siguiente modo:

A un lado del volcán, hacia la parte del sur, en la comarca de Tetella y Ocuituco, Temoac, Tzacualpan, etc., hay un cerro, a donde acudía

¹⁰ La ópera se desarrolla durante la época de la conquista en la isla de Xico. El sacerdote Cuauhiotzin comunica al rey que se están cumpliendo las predicciones de Papatzin: los hombres blancos de Oriente invaden el país y los tlaxcaltecas se han unido a los invasores encabezados por Malintzin (Hernán Cortés). Xicoténcatl les dice que les enviará al famoso guerrero Chichiltzin para defender la isla. Citlali, hija del rey, se conmueve al oír el nombre de Chichiltzin, a quien ama en secreto. Huitzilopochtli, dios de la guerra, exige para salvar a la patria el sacrificio de una doncella noble y pura. La elegida es Yoloxóchitl, la enamorada de Chichiltzin, éste se niega y amenaza con que si su enamorada es sacrificada permitirá el paso al invasor. Ante la difícil situación, Citlali promete salvar a Yoloxóchitl si él salva la patria. Citlali le cuenta al sacerdote sus deseos de morir en lugar de Yoloxóchitl y antes del sacrificio ordena a su esclava Cualica que en su propia piragua engalanada conduzca a Yoloxóchitl cerca de su amado para que éste se convenza de que su amada no va a ser sacrificada. Citlali finalmente muere y la fiel Cualica, ante el dolor por la muerte de su ama, se envenena. La cumbre del Teutli se enciende con los fulgores del crepúsculo, como si se tiñera con la sangre de la heroica virgen. Tomado de <http://es.wikipedia.org/wiki/Citlali> consultada el 28 de julio de 2009.

¹¹ Tomado de http://www.mc2-map.org/GORDO/23_1S.HTM

toda esta comarca con sus ofrendas y sacrificios y oraciones, el cual se llama *Teocuicani*, que quiere decir “el cantor divino”. El cual está tan cerca del volcán que del uno al otro puede haber poco más de una legua. Es tan alto y tan áspero que es cosa de ver. A éste llamaban cantor divino, porque las más veces que hay en él nubes asentadas, que son las que congela el volcán, dispara grandes truenos y relámpagos, y tan sonoros y retumbantes que es espanto oír su tronido y voz ronca. Toda esta comarca acudía a este cerro a sacrificar y a ofrecer inciensos y comidas y hule y papel y plumas; ollas, platos, escudillas, jicaras y otros géneros de vasijas y juguetes, y a matar hombres¹².

Si bien la referencia real es ésta, la utilización que de ella hace Laura Esquivel es distinta; sin duda sólo se ha servido del nombre para contextualizarlo en la parte indígena. La escritora mexicana ha inventado un mundo de ficción con frágiles referentes históricos pero que pueden parecer creíbles.

Resulta en cualquier caso sugerente que Laura Esquivel parta de la Conquista de México para elaborar una historia de *cf*, algo no muy usual en las novelas del género en donde es más común retomar historias que pertenecen a mitos clásicos europeos o a mitologías literarias con el fin de subvertirlas; así como ficciones en las que no hay un referente concreto. Sin embargo, *La ley del amor* parte de un hecho histórico ficcionalizado, en el que no hay subversión sino más bien esquematismo, para contarnos una historia que sucederá muchos siglos después, pero que asimismo le sirve para reflexionar sobre hechos ocurridos en los años ochenta del siglo pasado en México.

A partir del capítulo segundo, entra en acción el personaje principal de la novela, Azucena, quien sin duda representa el mestizaje de aquellas culturas que empezaron a entrelazarse en el siglo XVI. Ella será artífice, tras la recomposición de la pirámide del amor en las últimas páginas, de que fuese posible lo imposible, la fusión de Tenochtitlan con el otro México, el surgido de la Colonia: “La ciudad de Tenochtitlan se reprodujo en holograma. Sobre ella, el México de la colonia. Y un fenómeno único, se mezclaron las dos ciudades. Las voces de los poetas nahuas cantaron al unísono de los frailes españoles” (264). A partir de esos momentos “en

¹² Diego Durán, *Historia de las indias de Nueva España e islas de la tierra firme* (edición de Ángel María Garibay), tomo I, México, Editorial Porrúa, 1984, p. 166.

la Tierra todo era felicidad [...] finalmente el Orden se impuso y todas las dudas quedaron resueltas” (276).

Los fenómenos de regresión para conocer vidas pasadas, tan presentes en la novela, dan pie a recorrer no sólo algunos momentos del siglo xx, concretamente 1985, el año del terremoto, sino también –en la ficción– el del asesinato de George Bush; o el de 1994 cuando a Hugo Sánchez no le dejaron jugar el partido de octavos de final ante la selección búlgara de fútbol; pero también a lo largo de la novela aparecen algunas referencias a momentos de la Colonia. En una de las regresiones de Rodrigo a vidas anteriores, donde visiona las continuas violaciones a Citlali, recuerda que fue religioso y que dedicó su vida a inventar groserías: “Los monjes de la Nueva España no querían que los indios aprendieran a insultar a la manera de los españoles, pues éstos constantemente decían “Me cago en Dios”, y nos pidieron que inventáramos groserías nuevas...” (163).

En páginas posteriores se sacará a colación una leyenda indígena que supone, aunque sólo sea un guiño, la presencia de la cultura precortesiana en la novela. Se trata de la leyenda de los amores entre Iztaccíhuatl y Popocatepetl, y de esta forma la relata la autora:

Una leyenda indígena dice que su marido, el Popocatepetl, la ve como la gran señora y la respeta muchísimo, pero como necesita desfogar su pasión, se buscó una amante. Se llama la Malintzin. La Malintzin es muy simpática y cachonda y lo hace pasar muy buenos momentos en su compañía. La Iztaccíhuatl por supuesto que sabe de estos amoríos, pero no les da importancia. Ella tiene asuntos más importantes que atender. El destino de la nación es cosa seria. Tampoco le interesa castigar a la Malintzin. Es más, le agradece que mantenga satisfecho a su esposo, ya que ella no puede [...] No la considera más que buena para retozar en la cama. La mantiene dentro de esa categoría y la ignora por completo (198).

Existen numerosas versiones sobre esta leyenda que Laura Esquivel cuenta de manera breve y de forma bastante libre. Nos remitiremos en primer lugar a la que nos ofreció Fernando Horcasitas en *De Porfirio Díaz a Zapata. Memoria náhuatl de Milpa Alta, México* tal como se la relató en lengua náhuatl doña Luz Jiménez:

También es un gran señor. Allí está durmiendo y su esposa está a sus pies. Se llama ella Iztaccíhuatl, la Mujer blanca o Malintzin... Era una muchacha maravillosa, bella, su carita es preciosa. El señor Popocatépetl le propuso matrimonio. Pero ella dijo: ni tú ni nadie. Me voy a dormir, tú me cuidarás. Y parece que se quedó dormida y el Popocatépetl la está cuidando.¹³

Como podemos comprobar, existe una identificación entre los nombres de Iztaccíhuatl y Malintzin, quizá por influencia de la tradición oral. Será Miguel León Portilla quien en 2005 nos ofrezca otra interpretación de la historia. A partir de la publicación de relatos, cuentos y memorias de doña Luz (*Los cuentos de doña Luz Jiménez*, UNAM, 1977) que hicieron conjuntamente Fernando Horcasitas y una discípula suya, Sara O. de Ford, realizó una nueva traducción al español que dice así:

El nombre de esta doncella es Iztaccíhuatl Mujer Blanca. Contaban que ella era hija del señor Moctezuma. Se decía que él tenía a esta hija y que, siendo la única, mucho la amaba.

Un muchacho que se llamaba Chimalpopoca quería hacer su mujer a Malintzin. El padre de ella, Moctezuma, mucho se disgustó, dijo: Chimal, ¿no oyes lo que te digo? Me haces enojar y te voy a mandar que duermas para siempre al lado de mi hija. Ella se llamará Cihuapiltépetl, "Monte de la Noble Señora". Y tú tendrás por nombre el de Popocatépetl, "Monte que Humea".

Así se van a quedar ustedes dos en los montes, allí habrán de vigilar. No quiero que vengan acá gentes de Castilla ni tampoco los de panza blanca, los chilangos. No quiero que alguien haga llorar a los macehuales, la gente de mi pueblo¹⁴.

Sin embargo, existen otras versiones que nos remiten a leyendas más clásicas y que con variantes nos recuerdan a algunas europeas. Ésta es la que ofrece Armando Treviño:

¹³ Fernando Horcasitas (recopilación y traducción), *De Porfirio Díaz a Zapata. Memoria náhuatl de Milpa Alta, México*, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1968, pp. 13-14.

¹⁴ Miguel León-Portilla, "Una antigua leyenda". *La Jornada Semanal*. México, domingo 22 de mayo de 2005. Disponible desde Internet en: <http://www.jornada.unam.mx/2005/05/22/sem-miguel>

En la mitología azteca, Iztaccíhuatl fue una princesa que se enamoró de uno de los guerreros de su padre. Su padre envió a su amor a una batalla al Centro del Estado, prometiéndole entregarle a su hija si éste regresaba victorioso, lo que su padre daba por imposible. Un pretendiente de Iztaccíhuatl le dijo a ésta que su guerrero amado había muerto en batalla y logró convencerla de casarse con él. El guerrero regresó victorioso, Iztaccíhuatl, que ya se había entregado al pretendiente, y ante la imposibilidad de darle su pureza a su amor, se mató, con el consecuente suicidio de su amor. Debido al gran amor entre ellos los dioses los convirtieron en inmensas montañas alrededor del Valle de México, Iztaccíhuatl y Popocatepetl, para que eternamente estuvieran juntos recordándoles a todos su gran amor. Al menos eso marca la mitología¹⁵.

Como suele ocurrir en estas historias mitológicas las variantes son múltiples y existe otra versión en la que ante la noticia de que Popocatepetl había muerto, Iztaccíhuatl murió de tristeza. A su vuelta, el enamorado, para honrarla y a fin de que permaneciera en la memoria de los pueblos mandó que 20,000 esclavos construyeran una gran tumba ante el sol, amontonando diez cerros para formar una gigantesca montaña:

Desconsolado, tomó el cadáver de su princesa y lo cargó hasta depositarlo recostado en su cima, que tomó la forma de una mujer dormida. El joven le dio un beso póstumo, tomó una antorcha humeante y se arrojó en otra montaña frente a su amada, velando su sueño eterno. La nieve cubrió sus cuerpos y los dos se convirtieron, lenta e irremediamente, en volcanes [...] Durante muchos años y hasta poco antes de la Conquista, las doncellas muertas por amores desdichados eran sepultadas en las faldas del Iztaccíhuatl. En cuanto al cobarde tlaxcalteca que por celos mintió a Iztaccíhuatl sobre la muerte de Popocatepetl, desencadenando esta tragedia, fue a morir desorientado muy cerca de su tierra, también se convirtió en una montaña, el Pico de Orizaba y se cubrió de nieve. Le pusieron por nombre Citlaltépetl, o “Cerro de la estrella” y desde allí lejos

¹⁵ Armando Treviño, “Otra de Iztaccíhuatl”, *Movimiento Tramoya*, jueves 28 de agosto de 2008. Disponible desde Internet en: http://www.hoytamaulipas.net/index.php?PHPSESSID=7fa1a5e0ea&v1=notas&v2=49480&tit=Otra_de_Iztacc%C3%ADhuatl

vigila el sueño eterno de los dos amantes a quienes nunca, jamás podrá separar⁶.

La historia de amor entre los dos volcanes es tan conocida y relevante que hasta inspiró un poema al peruano José Santos Chocano (1875-1934), “El amor de los volcanes”, con versos que dicen así:

Duerme en paz, Ixtacihuatl: nunca los tiempos
borrarán los perfiles de tu casta expresión.
Vela en paz, Popocatepetl: nunca los huracanes
apagarán tu antorcha eterna como el amor...¹⁷

¹⁶ Conti González Báez, “La leyenda de Popocatepetl e Iztaccihuatl”. Disponible desde Internet en: [http://www.radioredam.com.mx/grc/home page.nsf/main?readform&url=/grc/redam.nsf/vwALL/MLOZ-5W8VRV](http://www.radioredam.com.mx/grc/home%20page.nsf/main?readform&url=/grc/redam.nsf/vwALL/MLOZ-5W8VRV). En you tube se puede visionar un vídeo de la historia entre los dos volcanes: http://www.youtube.com/watch?v=Y6Y_BjW5ygQ.

¹⁷ Ésta es la última estrofa del poema, el poema completo dice así: “El Ixtacihuatl traza la figura yacente/ de una mujer dormida bajo el Sol;/ el Popocatepetl flamea en los siglos/ como una apocalíptica visión;/ y estos dos volcanes solemnes/ tienen una historia de amor,/ digna de ser cantada en las compilaciones/ de una extraordinaria canción.// Ixtacihuatl –hace ya miles de años–/ fue la princesa más parecida a una flor,/ que, en la tribu de los viejos caciques,/ del más gentil capitán se enamoró:/ el padre, augustamente, abrió los labios;/ y díjole al capitán seductor/ que si tornaba un día con la cabeza/ del cacique enemigo clavada en su lanzón,/ encontraría preparados, a un tiempo mismo,/ el festín de su triunfo y el lecho de su amor.// Y Popocatepetl fué a la guerra/ con esta esperanza en el corazón:/ domó las rebeldías de las selvas obstinadas,/ el motín de los riscos contra su paso vencedor.// La osadía despeñada de los torrenies,/ la acechanza de los pantanos en traición:/ y contra cientos y cientos de soldados,/ por años de años, gallardamente combatió.// Al fin, tornó a la tribu; y la cabeza/ del cacique enemigo sangraba en su lanzón.// Halló el festín del triunfo preparado,/ pero no así el lecho de su amor:/ en vez del lecho encontró el túmulo/ en que su novia, dormida bajo el sol,/ esperaba en su frente el beso póstumo/ de la boca que nunca en la vida besó.// Y Popocatepetl quebró en sus rodillas/ el haz de flechas; y, en una sorda voz,/ conjuró la sombra de sus antepasados/ contra las crueldades de su impasible Dios.// Era la vida suya, muy suya,/ porque contra la muerte ganó:/ tenía el triunfo, la riqueza, el poderío;/ pero no tenía el amor...// Entonces, hizo que veinte mil esclavos/ alzarán un gran túmulo ante el sol:/ amontonó diez cumbres,/ en una escalinata como de alucinación;/ tomó en sus brazos a la mujer amada,/ y él mismo sobre el túmulo la colocó:/ luego, encendió una antorcha; y, para siempre,/ quedóse en pie alumbrando el sarcófago de su dolor.// Duerme en paz, Ixtacihuatl: nunca los tiempos/ borrarán los perfiles de tu expresión.// Vela en paz, Popocatepetl: nunca los huracanes/ apagarán tu antorcha eterna como el amor...”. Esta versión, escrita probablemente en 1915, es una variante de la que el autor incluyó en *Primicias de Oro de Indias*. José Santos Chocano, *Obras completas* (compiladas anotadas y prologadas por Luis Alberto

Durante la Colonia esta historia fue mutándose y se contaba que “en una ocasión el Popocatepetl perdió el sombrero de charro que cubría su cabeza, es decir, su cráter, porque quería meterse con Doña Esperanza Malinche, de Tlaxcala y Puebla, y el Pico de Orizaba, el esposo de ésta, le tiró una gran pedrada”. Pero también existe otra versión variante, muy próxima a la relatada por Laura Esquivel, que dice “que lo hizo la propia Malinche, por haberla dejado plantada, ya que él siempre ha sido fiel a su difunta amada Iztaccíhuatl”¹⁸.

Otra de las tradiciones recuperadas en la novela es la que hace referencia a la diosa Tonantzin que pasará con los años y por influencia del catolicismo a convertirse en la Virgen de Guadalupe. En un momento de la novela Teo lleva a Azucena al Pocito, lugar de peregrinación al que los mexicanos acuden desde hace siglos para venerar a la Virgen de Guadalupe. Así se cuenta en la novela:

Con gran ternura, Teo trataba de suplir la presencia de Rodrigo y de llevar a Azucena por el camino menos accidentado hacia el Pocito. La gente del pueblo llamaba así a un pozo en donde desde tiempos inmemoriales los aztecas acostumbraban purificarse antes de rendir tributo a la Diosa Tonantzin. A partir de la conquista y hasta los días presentes, el ritual se había seguido practicando, pero ahora en honor a la Virgen de Guadalupe. El objetivo de esta ceremonia era quitar del cuerpo las impurezas de pensamiento, palabra y obra antes de entrar en el templo. La manera de hacerlo era lavando cara, pies y manos (224).

Fue en las cercanías del cerro de Tepeyac, en la actual capilla del Pocito, donde se dice que la Virgen se le apareció a Juan Diego, “cerca de un manantial de agua luminosa”. La gente comenzó a creer que las aguas de este manantial eran milagrosas y gran cantidad de enfermos iban a bañarse y beber de sus aguas. Después de la aparición de la Virgen a Juan Diego, el lugar de Tonantzin¹⁹

Sánchez), México, Aguilar, 1954, pp. 760-761. Asimismo, el cubano José María Heredia escribió un extenso poema, en 1820, dedicado al gran volcán, “Al Popocatepetl”. José María Heredia, *Poesía completa* (edición de Carmen Alemany Bay), Madrid, Verbum, 2004, pp. 61-67.

¹⁸ “La leyenda de Popocatepetl e Iztaccíhuatl”, *op. cit.*

¹⁹ Tonantzin representa la parte femenina, la madre. Ella es Cihucóatl, mujer de la culebra, al igual que la Virgen de Guadalupe representa a la Virgen María en el Cristianismo.

se convirtió en el templo de la Guadalupeana. Como ocurrió con tantos otros dioses y mitos, Tonantzin y Guadalupe poco a poco se fundieron en una sola. Uno de los escritores más destacados del siglo XIX mexicano, Manuel Payno (1810-1894), relató esta historia y su significación en el capítulo IV de *Los bandidos de Río Frio* (1889) titulado “La diosa azteca y la Virgen de Guadalupe”:

En esa roca había una divinidad azteca, la diosa Tonantzin, una especie de Virgen gentilica, la cual venían a adorar en romería desde lejanas tierras multitud de indios. Hacían delante de la diosa, labrada en un gran trozo de granito, muchas ceremonias y bailes, y, llegado cierto día del año, terminaban las fiestas religiosas con el sacrificio de cien niños, desde un mes hasta dos años, que eran degollados en una piedra de sacrificios, con navajas de pedernal y de obsidiana. La diosa no estaba contenta si no se le hacía el tributo de esta sangre inocente, y amenazaba con lluvias, con granizos, con truenos y con otras mil calamidades a los que se resistían a llevar a sus hijos. Las madres, no obstante sus lastimeros sollozos, que algunos historiadores dicen que se oían hasta Texcoco, se apresuraban a llevar a sus hijos y los entregaban a los feroces sacerdotes de la diosa.

Un día menos pensado, después de algunos años de la conquista, la diosa Tonantzin desapareció del Cerro de la Nariz y los sacerdotes, espantados, aullaron y dieron saltos feroces y llamaron en su auxilio a Tláloc y a Huitzilopochtli; pero todo fue en vano. El poder de los españoles los contuvo y tuvieron que resignarse.

A pocos meses, en vez de la diosa Tonantzin, que exigía la sangre de los niños, apareció en el cerro una hermosa y modesta doncella vestida con el traje de las nobles indias, que prometió a los naturales su protección y exigía, en vez de sangre, las rosas y las flores silvestres de los campos. Finalmente, la Virgen quedó como patrona de los indios en vez de la diosa Tonantzin, pero una vez que otras, las autoridades españolas tuvieron que cerrar los ojos y oídos y tolerar el sacrificio de algunas criaturas²⁰.

Hasta aquí las referencias precortesianas y coloniales en *La ley del amor*. Si bien la pretensión de la autora no fue ficcionalizar el pasado sino un hipotético futuro, el México del siglo XXIII, Laura Esquivel ha realizado un doble ejercicio de recuperaciones

²⁰ Manuel Payno, *Los bandidos de Río Frio* (prólogo de Antonio Castro Leal), México, Porrúa, 1991, pp. 18-19.

a partir de esa fecha: el del comienzo del mundo colonial con sus implicaciones precortesianas, y algunas recuperaciones de finales del siglo xx, muy próximas al momento en el que se escribe la novela. Partiendo de frágiles referentes históricos construye un texto en el que cubre un arco histórico amplísimo para llegar a la conclusión de que sólo es posible la armonía universal cuando se remozan los males realizados en épocas pasadas.

Bibliografía

- Dellepiane, Ángela, "Narrativa argentina de ciencia ficción: tentativas liminares y desarrollo posterior", *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (Sebastián Neumeister, coordinador), Madrid, Vervuert, 1989, pp. 515-526.
- Durán, Diego, *Historia de las indias de Nueva España e islas de la tierra firme* (edición de Ángel María Garibay), tomo I, México, Editorial Porrúa, 1984.
- Esquivel, Laura, *La ley del amor*, Barcelona, Plaza & Janés, 1995.
- Ferreras, José Ignacio, *La novela de ciencia ficción*, Madrid, Siglo XXI, 1972.
- González Báez, Conti, "La leyenda de Popocatépetl e Iztaccíhuatl". Disponible desde Internet en: <http://www.radioredam.com.mx/grc/homepage.nsf/main?read-form&url=/grc/redam.nsf/vwALL/MLOZ-5W8VRV>
- Gutiérrez Carbajo, Francisco, "El intento de la novela multimedia", *Literatura y multimedia* (editores José Romera Castillo, Francisco Gutiérrez Carbajo y Mario García-Page), Madrid, Visor, 1997.
- Heredia, José María, *Poesía completa* (edición de Carmen Alemany Bay), Madrid, Verbum, 2004.
- Horcasitas, Fernando (recopilación y traducción), *De Porfirio Díaz a Zapata. Memoria náhuatl de Milpa Alta, México*, unam, Instituto de Investigaciones Históricas, 1968.
- León-Portilla, Miguel. "Una antigua leyenda". *La Jornada Semanal*. México, domingo 22 de mayo de 2005. Disponible desde Internet en: <http://www.jornada.unam.mx/2005/05/22/sem-miguel>
- Navarro del Castillo, Vicente, *La epopeya de la raza extremeña a Indias*, 1978. Disponible desde internet en <http://www.paseo virtual.net/america/indianos4.htm>

- Nehru, Meesha. "A future Mexican National identity?: Laura Esquivel's *La ley del amor*". *Latinoamericana*. 38, 2004. pp. 217-232.
- Payno, Manuel, *Los bandidos de Río Frio* (prólogo de Antonio Castro Leal), México, Porrúa, 1991.
- Prout, Ryan. "Cosmic Weddings and a Funeral: Sexuality, Technoscience, and the National Romance in Laura Esquivel's *La ley del amor*". *Tessarae: Journal of Iberian and Latin American Studies*. vol. 6, n. 1, 2000. pp. 42-54.
- Rodríguez, Lydia. "La fábula especulativa en *La ley del amor* de Laura Esquivel". *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*. 17, 2002. pp. 84-90.
- Sabia, Saïd. "La novela multimedia: un nuevo reto para la crítica literaria", p. 4. Disponible desde internet en: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero29/ssabia>
- Santos Chocano, José, *Obras completas* (compiladas anotadas y prologadas por Luis Alberto Sánchez), México, Aguilar, 1954.
- Taylor, Claire Louise. "Body-swapping and Genre-crossing: Laura Esquivel's: *La ley del amor*". *Modern Language Review*. 97, 2002. pp. 324-335.
- Treviño, Armando, "Otra de Iztaccihuatl", *Movimiento Tramoya*, jueves 28 de agosto de 2008. Disponible desde Internet en: http://www.hoytamaulipas.net/index.php?PHPSESSID=7fa1a5e0ea&v1=notas&v2=49480&tit=Otra_de_Iztacc%C3%ADhuatl